

Curar la ignorancia

Por Kathia Castro Laszlo

Editorial

El Norte, Septiembre 13, 2002.

Por azares del destino me tocó viajar en una aerolínea americana el 11 de septiembre. En casa, cuando me preparaba para ir al aeropuerto, decidí ponerme un prendedor con la figura de nuestro planeta. Es un pequeño prendedor que me regaló mi querido suegro y que en muchas ocasiones me lo pongo conscientemente pensando que en algún momento tendré la oportunidad de decirle a alguien: esta es mi afiliación. Y en verdad lo digo. Trabajo por el mundo, porque estoy convencida que puede haber un futuro mejor. E igualmente convencida estoy de que esto no va a suceder como acto de magia. De mi, y de cada uno de nosotros, depende que así suceda.

En el aeropuerto estadounidense, donde esperaba la conexión para mi siguiente vuelo, una azafata andaba regalando prendedores de listón de los colores de la bandera americana para conmemorar a las personas afectadas por la tragedia del 11 de septiembre de 2001. ¿Por qué mejor no daban pequeños mundos? Y me acorde de una encuesta que escuche en el radio esa mañana en camino al aeropuerto. La estación de radio preguntó si el terrorismo es un asunto de Estados Unidos o del mundo. EL 4% de los radioescuchas que respondieron a la encuesta dijeron que era problema de nuestros vecinos del norte. Y el restante 96% opinaron que era una problemática global.

Si yo hubiera contestado la encuesta me hubiera unido a la mayoría. Vivimos en un mundo interconectado y los problemas de seguridad y paz, al igual que los problemas ambientales, no respetan las fronteras geográficas o políticas. Sin embargo, en mi opinión, la pregunta no estuvo bien planteada.

El terrorismo no es el problema, es un síntoma. Siendo académica y viniendo de una escuela de pensamiento sistémico en donde nos empeñamos por enfatizar que “el todo es mayor que la suma de las partes”, no puedo evitar el ver al terrorismo como una manifestación de una compleja telaraña de problemas. Pobreza, falta de educación, desigualdad, opresión, envidia. Estos son algunos de los problemas que me vienen a la mente como raíces y sustento de cualquier acto violento. Y no tenemos que irnos a otro continente, ni tampoco tienen que ser catástrofes de gran magnitud. Las sociedades contemporáneas, incluyendo a nuestro México lindo y querido, están repletas de “bombas de tiempo”, personas que no sólo no están desarrollando su potencial, sino que viven condiciones deshumanizantes y que se ven obligados a recurrir a la violencia – asaltos, levantamientos, protestas, sabotajes, secuestros – para hacer oír su voz y obtener un grano de justicia con sus propias manos.

Y si el terrorismo no es un problema, entonces ...¿Estados Unidos tiene una guerra contra qué y contra quién? No importa cuantos estrategias de defensa,

cuantas armas, cuanta seguridad, cuanta “inteligencia” militar... si alguien en cualquier país o continente está dispuesto a dar su vida con tal de vengarse y comunicar un mensaje de odio, entonces encontrará el medio para hacerlo. Pues la creatividad y el ingenio humano son infinitos, ojalá sólo los empleáramos para acciones constructivas y afirmativas de la vida.

Si el terrorismo no es un problema, la ignorancia sí lo es. Pero como dice mi querido jefe, lo bueno es que es curable. Y si curamos la ignorancia podemos empezar a unir cabezas y corazones para crear soluciones y alternativas a tantas plagas que acosan al mundo.

Después de los ataques terroristas de las torres gemelas, el mensaje que los americanos recibieron de su gobierno fue: regresen a su vida normal. Para mí, es como si el mundo entero hubiera escuchado una alarma, una llamada a despertar para que empecemos a cuestionar el modelo de vida que nuestros vecinos han sido tan buenos en promover y propagar y que nosotros mexicanos, al igual que en otros lados, hemos sido tan buenos para seguir. Pero el gobierno americano dijo: “ignoren al despertador, sigan soñando – y comprando y consumiendo y persiguiendo el ideal americano. Todo está bien”. ¡Que desperdicio de oportunidad! Actuemos como adultos, como seres pensantes, y seamos reflexivos. Que no seamos víctimas del cambio, sino agentes de cambio. Que a través de nosotros, de nuestras ideas y acciones, las sociedades justas y sustentables se construyan día a día.

Mahatma Gandhi ha sido uno de los principales maestros de la paz que con su ejemplo nos ha mostrado lo que significa ser verdaderamente humano. Recientemente leí uno de sus escritos sobre la “ley del amor.” Gandhi dijo:

“El amor entre nosotros basado en el odio hacia otros se desmorona con la más mínima presión. El hecho es que ese tipo de amor nunca es amor verdadero. Es paz armada...”

“Yo no sé si la humanidad seguirá conscientemente la ley del amor. Pero eso no nos debe perturbar. La ley funcionará, al igual que la ley de la gravedad funcionará lo queramos o no....

Entre más trabajo en esta ley, más siento el gozo de la vida, el gozo en el esquema de este universo. Me da paz y un sentido de los misterios de la naturaleza que no tengo el poder de describir.”

¿Por qué nos es tan difícil abrir nuestras mentes y espíritus a nuevas ideas y culturas? ¿Por qué nos es tan difícil pensar en la humanidad como una sola familia y en el planeta como nuestro hogar? ¿Por qué nos es tan difícil tomar decisiones hoy que tomen en cuenta los derechos de las generaciones futuras? Preguntas difíciles, preguntas ambiciosas. Paradójicamente, si hacemos un esfuerzo consciente de seguir “la ley del amor”, como dijo Gandhi, entonces podremos empezar a hacer realidad todo esto y más en nuestras familias y comunidades.